

HISTORIA, ARQUITECTURA Y CIUDAD

Eduardo Kingman Garcés*

En este texto voy a intentar problematizar lo que sucede con la historia urbana y arquitectónica en el Ecuador y relacionar de algún modo el asunto con la antropología y la sociología. No pretendo hacer un análisis de la bibliografía existente sino esbozar algunas ideas sobre el tema.

LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN EL ECUADOR

Es posible que en años anteriores existiese un clima mucho más favorable para la historia como disciplina en el Ecuador, cosa que no sucede actualmente. Ensayos y estudios históricos marcaron, de un modo u otro, el debate intelectual de los setenta y ochenta. En los noventa estos han pasado a segundo plano.

La investigación histórica, tal como ahora se la practica en el Ecuador, está sujeta a un destino incierto: por un lado los pocos investigadores que se mantienen dentro del campo han ganado en calidad, asumiendo modelos teóricos y una perspectiva comparativa de análisis;¹ pero, por otro lado, la historia como disciplina ha perdido peso en el conjunto de las ciencias sociales.

La historia se ha convertido en actividad relativamente especializada y para especialistas, pero con escasas posibilidades de influir en la vida social. Esto último se debe en gran medida al cambio de rumbo sufrido por las propias ciencias sociales y en la poca o ninguna importancia que da a la indagación histórica. No solo se ha dado una pérdida de paradigmas sino que además su

* Profesor-investigador de FLACSO-Ecuador y de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central en Quito.

1. Alcanzando, de ese modo, una cierta independencia con respecto a condicionantes externos a la investigación, como se puede observar en el examen de los procesos de constitución de clases e identidades sociales.

orientación crecientemente pragmática resta importancia a la perspectiva histórica en el análisis de los fenómenos. Es como si los hechos solo se constituyeran en el presente o en el corto plazo y no en un tiempo histórico más o menos largo, como realmente ocurre. Esta tendencia se ha visto acentuada aun más en los últimos tiempos como resultado de los cambios generados en los referentes del pensamiento social por los procesos de globalización económicos, políticos y culturales y las expectativas planteadas frente a la modernización.

Es cierto que no ha disminuido el número de publicaciones históricas pero la mayoría de ellas se ubican fuera del ámbito académico. Si debiéramos prestar mayor atención a este tipo de escritos es porque de alguna manera contribuye a definir el juego alrededor del cual se constituyen identidades. Cumplen una función dentro de la reinención cotidiana de tradiciones patrias y "matrias".

La historia como disciplina ha perdido posibilidades. Se han reducido sus espacios dentro de la escena cultural así como el número de historiadores en condiciones de dedicarse profesionalmente a ella. De un modo u otro ha pasado a convertirse en una ocupación marginal a las ciencias sociales; una pasión inútil, personal, secreta y sin ligazón con las necesidades del momento. De hecho los propios historiadores somos en parte responsables del retroceso de la disciplina en el Ecuador: nos mostramos poco preocupados por los cambios políticos, sociales y culturales que se producen contemporáneamente, lo que nos impide dar mayor proyección al quehacer histórico.

LA INVESTIGACIÓN EN LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA

Si bien la investigación histórica en arquitectura obedece a otros condicionantes generados dentro de la práctica arquitectónica de restauración y conservación de centros históricos y como parte de los requerimientos de enseñanza de la propia arquitectura, no deja de ser tributaria de cuestiones y problemas que se generan en otros ámbitos. Las reflexiones de Navarro sobre arte y arquitectura colonial coinciden tanto con la formación de una escuela historiográfica importante, como con un momento de reinención aristocrática de tradiciones e identidades. La historiografía dominante durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, está en buena medida relacionada con estas preocupaciones de Navarro: la arquitectura colonial y los procesos fundacionales. Una especie de búsqueda de los orígenes a través de la historia.

Los setenta y ochenta son años de producción en historia urbana e historia de la arquitectura en América Latina. Trabajos como los de Hardoy, Gutierrez, Waisman, Segre, generaron un interés por la crítica y la historia arquitectónica en nuestro país, paralela al desarrollo de un tipo de sociología urbana basada en las teorías de la dependencia y de la urbanización. Todo esto estuvo

relacionado, además, con una preocupación por la arquitectura social. Textos como los de Alfonso Ortiz, Rubén Moreira, Jorge Benavidez, Inés Del Pino, son de algún modo tributarios de esa dinámica: de los intentos de construir una historia que dé cuenta de la arquitectura de las distintas regiones que integran la nación, tomando como punto de partida para eso, los procesos económico-sociales. Forma parte del interés de esos años, enmarcar los registros arquitectónicos dentro de la perspectiva de una historia más amplia. Ortiz, Kennedy y los miembros del Taller de Estudios Históricos (TEHIS) se han ocupado de la arquitectura colonial mientras que los trabajos de Bastidas-Moreira, Del Pino, Benavidez han permitido, de alguna manera, entender los procesos de constitución de una arquitectura moderna en el Ecuador. A esto hay que sumar los estudios más recientes de Miño sobre el espacio andino y de Cevallos sobre la arquitectura del XIX e inicios del XX. Es una lástima que no existan estímulos ni canales suficientes que permitan dar continuidad a este tipo de estudios y que muchos de ellos hayan quedado como simples esbozos o propuestas de investigación. En esto existe una responsabilidad de parte de las universidades y sobre todo de los organismos estatales que manejan fondos para la rehabilitación, los mismos que deberían destinar una mínima parte de esos recursos a investigaciones históricas y antropológicas que sirvan de fundamento a sus actuaciones.

La arquitectura, más que otras formas de producción cultural, es estrechamente dependiente de procesos materiales y simbólicos que se generan fuera de su ámbito. Al mismo tiempo hay que tomar en cuenta las propias condiciones del quehacer arquitectónico: el proceso interno de desarrollo de la arquitectura como arquitectura. Todo eso hace complejo su estudio. Su comprensión requiere sin duda de una sociología histórica, pero supone, al mismo tiempo, que los investigadores establezcan una cierta distancia con respecto a ella con el fin de analizar aspectos que la rebasan y que corren el peligro de verse atrapados dentro de sus límites. Uno de los problemas mayores para la historia de las culturas es, como anota Duby, desprenderse de los métodos de la historia económica:

crear otros métodos que le cuadren más, así como los sistemas conceptuales, los esquemas teóricos susceptibles de orientar la investigación en estos terrenos. Los de la historia económica, efectivamente, han demostrado su insuficiencia en lo concerniente a los fenómenos culturales; al menos es necesario ajustarlos, rectificarlos.

Cabe destacar el interés puesto por el grupo de historiadores a los que hemos hecho referencia, a los que se suman los esfuerzos de Juan Pablo Pérez, Juan Carlos Rivadeneira, José Luis Coraggio, Fernando Carrión, Diego Carrión, Gaitán Villavicencio, Mario Unda, estudiosos de problemas urbanos contempo-

ráneos, así como los estudios de historia urbana (de los que hablaremos luego), en la constitución de un campo de reflexión sobre la ciudad.

No cabe duda de que un esfuerzo teórico e historiográfico dirigido a la deconstrucción de lo que ha constituido y constituye la arquitectura –su función real dentro de la vida privada y pública– tiene repercusiones prácticas dentro del campo. La arquitectura como toda práctica cultural requiere de un espacio de análisis que la acompañe. Esto implica a su vez rebasar los estrechos límites de nuestro mundo intelectual, cosa nada fácil.

Es posible que las nuevas propuestas dentro de la investigación histórica con énfasis en el discurso y en la construcción de imaginarios, así como en una “micro-física” de los fenómenos, den apertura a otras perspectivas de reflexión en arquitectura, aunque de hecho no se evidencian aún propuestas en este sentido.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA E HISTORIA URBANA

No sé si sea legítimo homologar la historia de las ciudades y la de la arquitectura. Aunque ambas se encuentran estrechamente relacionadas, la primera obedece más a una preocupación de los historiadores vinculados a la historia económica y a la historia social, y más recientemente a la historia de las mentalidades; la segunda es más bien una preocupación de los arquitectos dentro de los cuales se cuentan contados historiadores profesionales. Existe, de partida, una diferencia entre uno y otro tipo de estudios: mientras estos últimos están interesados en asumir la sociedad como un escenario de la arquitectura, a los otros les interesa la arquitectura en función de la investigación social y cultural. No solo se trata de una diferencia en relación a los objetos de estudio sino a los modelos de análisis y al tipo de documentación utilizada.

La historiografía sobre temas urbanos está poco desarrollada en el Ecuador. La investigación histórica crítica de los setenta y ochenta centró sus preocupaciones principalmente en el agro y en el problema de la constitución del Estado y la nación. Las referencias a las ciudades en esos estudios son más bien tangenciales. No obstante existen trabajos, en la mayoría de los casos fragmentarios, de Rosmarie Terán, Hernán Ibarra, Tamara Estupiñán, Christiana de Moreno, Gaitán Villavicencio y Milton Rojas, Martha Moscoso, Ana María Goetschel, Milton Luna, Eduardo Kingman, entre otros, que aportan elementos importantes para una historia urbana.

Lo que en el ambiente cotidiano de nuestro país se entiende por historia de las ciudades son recopilaciones de leyendas y tradiciones, crónicas, estudios genealógicos aplicados a la ciudad y a los personajes típicos de la ciudad, dirigidos a generar tradición e identidad, a construir mitos o imaginarios como

los de la “quiteñidad” y la “guayaquileñidad”. La imagen de las ciudades que este tipo de publicaciones fabrican es la de espacios atemporales o sujetos a una historicidad lineal, espacios idílicos en donde los conflictos y contradicciones del desarrollo urbano no se hacen presentes. Con esto no quiero decir que esos registros deban ser desechados ya que forman parte del proceso de constitución de identidades (así la identidad de una parte de los sectores medios quiteños a través de los nuevos usos de la genealogía) y pueden ser útiles al momento de escribir una historia crítica.

Lo urbano ha sido objeto de una despreocupada preocupación por parte de planificadores y sociólogos. Estudios llevados por la urgencia, basados en esquemas interpretativos, faltos de aliento histórico. La mayoría de los estudiosos de lo urbano han abandonado una perspectiva histórica en sus análisis o, en el mejor de los casos, se han limitado a tomar referentes históricos aislados, y de manera arbitraria, como pretexto para cuestiones contemporáneas; como instrumento para la definición de un deber ser contemporáneo, el “deber-ser-ciudadano”.

Al igual que las instituciones interesadas en provocar cambios rápidos en la estructura de las ciudades, muchos de estos estudiosos se ven llevados por las urgencias del presente y por la búsqueda de soluciones técnicas (incluso si son asumidas como democráticas y progresistas) a problemas sociales complejos.

No solo los historiadores profesionales se han visto poco interesados por la historia urbana, sino que los estudiosos de los problemas urbanos contemporáneos no han logrado entender el papel que podría jugar la historia en la comprensión del presente (y no tanto a partir de lo que nos acerca al pasado como de lo que nos diferencia).

En el análisis histórico se privilegian los recursos metodológicos que permiten dar cuenta de los diversos ritmos, que comportan los distintos niveles de la sociedad y sus interrelaciones, entendidas éstas como tensiones, articulaciones y conflictos. Desde esa perspectiva, el proceso referido a las estructuras de ritmo lento, de carácter profundo (dimensión de lo transhistórico) involucra los niveles del espacio, la geografía y la cultura y de las formas en que ellas inciden propiciando la pervivencia de estructuras sociales, religiosas, de mentalidades, de prácticas socio-culturales. Los procesos de mediana duración se sustentan fundamentalmente en el orden económico, cuyos fenómenos son vistos como coyunturas que relevan situaciones modales de cambios significativos dentro del proceso histórico. En el orden de la corta duración, finalmente, se encuentran el ámbito del acontecimiento que incumbe al nivel del proceso político, relevando un ritmo sucesivo de mayor aceleración, pero que se despliega en la superficie de la totalidad social, expresando con mayor o menor fidelidad fenómenos que provienen de otros niveles estructurales.

Esta caracterización temporal de los niveles que conforman la totalidad social, diseñada por Braudel, permite contar con un marco metodológico

referencial para abordar la configuración urbana (espacio y geografía) y los componentes que lo hacen factible (sociedad y cultura). La ciudad ha de ser pensada como escenario de interrelación de distintas identidades sociales y étnico culturales, constituidas en el largo y mediano plazo. Para esto la historia urbana debe establecer lazos más estrechos con la antropología, no solo con sus métodos de investigación y análisis sino con sus campos de reflexión.

ACERCA DE LAS FUENTES

La investigación histórica en arquitectura se basa, en gran medida, en la observación directa. El dibujo de planos y fachadas y el recorrido con la cámara sirven de instrumentos principales para la recopilación de información. Una mirada adiestrada en el conocimiento de estilos, tipologías y sistemas arquitectónicos, permite esa suerte de peregrinaje histórico. Es esa mirada la que ordena, selecciona y clasifica. Lo más importante de este tipo de investigación es sin duda el tipo de relaciones que logra establecerse entre estas lecturas y el contexto histórico de una época.

Al contrario de los especialistas en historia social, los historiadores de la arquitectura encuentran sus fuentes de interpretación, principalmente, en la observación y registro directos. En eso su método se asemeja a los del arqueólogo y, en alguna medida, a los del etnógrafo; aunque de hecho en uno y otro caso el conocimiento se dirige a objetos distintos.

La ciudad es para los historiadores de la arquitectura como un archivo abierto en cuya lectura están adiestrados. Eso explica, quizás, el poco interés mostrado por otro tipo de fuentes, principalmente documentos de primera mano y testimonios orales. Pero de igual manera, los historiadores sociales deberíamos estar mejor capacitados para leer en la arquitectura importantes aspectos de la vida social. Las antiguas casas con sus salas de recibo y sus salones, sus cobertizos no solo expresan las formas sociales y culturales de una época sino que van sufriendo transformaciones, acordes con los distintos grupos sociales que se acogen en ellas a lo largo del tiempo; esos espacios influyen, a su vez, sobre las formas como se configura la vida social: a partir de la observación de la arquitectura se podría reconstruir el tipo de vida que ahí se generaba y se genera.

No cabe duda de que es difícil encontrar otro tipo de fuentes al momento de escribir temas relacionados con historia de la arquitectura en el Ecuador. Los documentos son escasos o, en el mejor de los casos, no han sido ubicados: existen sin duda referencias escritas a la arquitectura del pasado, pero pocos registros gráficos.

Quizás los testamentos, las actas de los cabildos, los censos y catastros podrían ser utilizados. Incluso podrían reconstruirse algunos elementos de la arquitectura y de la ciudad a partir de esas descripciones. O por lo menos podrían ayudarnos a imaginar, a aventurar algún tipo de aproximación al pasado.

Las crónicas de los viajeros constituyen, sin duda, un recurso importante del que hacen uso los historiadores urbanos y de la arquitectura, pero valdría la pena ensayar la utilización crítica de otras fuentes: las artes gráficas, los archivos fotográficos, los registros cinematográficos, la literatura y la plástica. La historia oral constituye, por último, un recurso escasamente utilizado por los historiadores de la ciudad y de la arquitectura, a pesar de su importancia al momento de determinar las formas históricas de uso de los espacios, así como las relaciones entre producción arquitectónica y urbanística, y el clima moral de una época.

El problema de la historia de la arquitectura y urbana no se reduce, sin embargo, a la utilización de fuentes; hacen falta, además, modelos de análisis desarrollados a partir de la semiótica, la antropología, la sociología y la propia historia. Esto es quizás lo más preocupante en este y otros aspectos de la producción cultural reciente en el Ecuador. No se observa la constitución de un espacio de reflexión ni de un cuerpo analítico que sirva de marco de referencia a la investigación y al debate, así como a la propia práctica. Llevados por la pragmática poco respaldo se da a la generación de condiciones en este sentido.

LAS CIUDADES COMO MODELOS

Es difícil concebir el desarrollo de Occidente fuera de las urbes, de los procesos materiales y simbólicos que a partir de ahí se generan; de las redes económicas y sociales que la ciudad establece con el espacio agrario y con otras ciudades. En la historia de Occidente las ciudades han ocupado un lugar destacado. En éstas se han concentrado importantes recursos materiales y simbólicos; a partir de ellas se ha organizado, o ha tendido a organizarse, el monopolio estatal de la violencia en oposición a otras asociaciones menores y a otros estados.

Incluso sociedades de economía predominantemente agraria han asignado un rol político y simbólico a las ciudades.

Hoy, con los procesos de transnacionalización y globalización económica y cultural y la formación de redes informacionales, donde muchas funciones tienden a desterritorializarse, las ciudades, lejos de disminuir en importancia, han pasado a cumplir un papel fundamental como concentradoras, generadoras y consumidoras de recursos.

Todo esto conocemos, en términos generales. El problema real al que se ve abocado el historiador es el determinar lo que caracteriza a uno y otro tipo de ciudad y lo que marca el tránsito al interior de cada una de ellas. Las modificaciones que se producen en la vida social y los cambios en los referentes simbólicos.

Los modelos nos permiten utilizar la comparación como método de análisis lo cual, siendo fundamental, no sustituye las indagaciones sobre el terreno. El esfuerzo de investigación supone tanto la introducción de modelos comparativos como el trabajo etnográfico y la búsqueda y el estudio de fuentes. En esto la investigación histórica se diferencia del ensayo.

Un modelo responde a una imagen ideal que no siempre se corresponde con la realidad. Así, por ejemplo, es difícil hablar de "ciudad señorial" o de "ciudad burguesa" para caracterizar distintos momentos en el desarrollo de una ciudad ya que, aun cuando ciertas características pueden pasar a formar parte de la cultura dominante, no excluyen otras que se desarrollan en sentido distinto y aun contrario y sin las cuales no puede entenderse el real funcionamiento de la vida social. Igualmente equivocado resulta calificar a zonas dentro de una ciudad como "coloniales" o como "modernas" ya que en todos los casos se da una yuxtaposición de factores de diverso tipo.

Lo que diferencia a los distintos tipos de ciudades y lo que marca la transición al interior de una misma ciudad no es, en todo caso, tan solo la extensión, o la morfología o el número de sus habitantes, ya que puede haber ciudades muy grandes a las que corresponda un tipo de configuración pre-moderna, mientras que muchas ciudades modernas pueden ser más bien pequeñas. Con esto no quiero decir que estos factores no sean importantes pero por sí solos no permiten establecer una tipología. Al momento de entender el funcionamiento de una ciudad hay que prestar atención además a las modificaciones que se producen en su configuración interna; lo cual no es fácil de determinar ya que entran en juego una diversidad de elementos económicos, sociales, políticos, culturales, espaciales.

Las formas urbanas y arquitectónicas no constituyen los únicos elementos en juego al momento de caracterizar una ciudad; tampoco existen desarrollos urbanos homogéneos, sujetos a una historicidad lineal. Si la ciudad expresa los procesos de transición social, estos pueden ser percibidos o en términos cuantitativos, como expansión física, o como incremento demográfico, o como desarrollo productivo (en base a indicadores) o, por el contrario, en términos de relaciones y vínculos sociales, y culturales, así como espaciales.

CIUDAD Y MODERNIDAD

Quizás podría ilustrar lo dicho con un ejemplo: la relación entre lo que se ha dado en llamar las “huellas de Europa en América” y la primera modernidad. Los investigadores en historia de la arquitectura, en particular, tienden a establecer una relación causal entre desarrollo de la agro-exportación, introducción de estilos arquitectónicos europeos y primera modernidad.

Lo que quiero sostener es que, si bien la ciudad del XIX estuvo marcada por la idea europea del progreso y esa idea definió algunos de los esquemas urbanísticos y algunas de las pautas de comportamiento cultural, eso no fue por sí solo suficiente para introducir modificaciones profundas en la cotidianidad de los diversos sectores sociales en los Andes, ni siquiera de los sectores dominantes.

Existe una cultura cotidiana constituida a partir del proceso colonial que sirve de matriz a cualquier modificación interna y que es indispensable analizar de modo concreto. Las ciudades andinas estuvieron, por otra parte, ligadas estrechamente al campo, sus relaciones y sus modos de vida y esas condiciones marcaron límites a la idea del progreso.

Es necesario asumir esto para evitar cualquier tipo de relación mecánica entre procesos económicos o de cualquier otro tipo de desarrollo urbanístico y arquitectónico. Así entre modernización de la hacienda y “modernidad arquitectónica”, vía adopción de estilos y esquemas extranjeros. Al establecer este tipo de relaciones lineales no estamos faltando a la verdad, pero no avanzamos un ápice más allá de ello. La modernidad no es la misma en Europa y en los Andes, ya que se adoptan ciertos códigos y parámetros de vida sin que se produzca una modificación real de las relaciones patriarcales o en las relaciones de hacienda, que sirven de base a la vida urbana.

La clave para entender la urbanística y la arquitectura a fines del XIX e inicios del XX en espacios geográficos e históricos como los del Ecuador, radica en entender el proyecto de modernidad que existe tras de ello, y esto a su vez supone una reflexión más profunda sobre los procesos internos de constitución de esa modernidad. Los cambios en las formas de organización de la ciudad están estrechamente relacionados con cambios en las relaciones sociales y en las formas de percepción del Otro, así como en las propias formas de auto-representación. Está aún en discusión la vinculación entre modernidad urbana y procesos de constitución de nuevos sectores sociales; o entre modernidad urbana y sistemas de administración de la dominación étnica. Tampoco tenemos del todo claro qué tipo de imaginarios se armaron en nuestros países en torno a la primera modernidad.

Sin resolver elementos nodales, como los señalados, no se puede entender el funcionamiento de la ciudad en esa época. El urbanismo y la arquitectura no pueden asumirse por separado, aunque por eso no podemos perder de vista que tampoco la sociedad no puede comprenderse en toda su complejidad fuera de estas y otras formas de organización de la cultura material

Cuando se examina la modernidad de una ciudad—llámese Quito, Guayaquil, Babahoyo, Ambato, Cuenca— no hay que olvidar que tratamos con procesos concretos, resultado de condicionantes geográficos, de configuraciones sociales, relaciones de poder y estilos de vida particulares. Las modificaciones urbanas tienen un peso diverso de acuerdo a esos distintos contextos. De hecho Guayaquil forma parte de ciclos de acumulación mayores que los de otras ciudades, que se originan en la hacienda y se continúan en la urbe, en el sistema financiero y comercial. La ciudad depende de los flujos y reflujos de las exportaciones. Tendríamos que examinar además de qué modo se constituye una sociedad y una cultura guayaquileñas; cómo opera la organización de la ciudad (los símbolos arquitectónicos, los espacios públicos) en la consolidación de un poder regional. Existe, sin duda, una relación entre progreso económico, surgimiento de nuevas clases y adopción de ciertos códigos: la arquitectura no puede dejar de reflejar los cambios en la composición del poder, la constitución de grupos dominantes interesados en expresarlo a través de símbolos de la cultura material. Al mismo tiempo no hay que perder de vista lo que sucede al margen de las esferas del poder: las transformaciones que se producen en la vida social y en la cultura popular.

POBLACIÓN, PODER, IMAGINARIOS URBANOS

Muy vinculado al tema de la arquitectura está el de la población. ¿Se trata únicamente de un cambio cuantitativo o han producido modificaciones en la composición social y étnica de una población? ¿El propio incremento cuantitativo de qué modo repercute en las relaciones cotidianas, en la formación de barrios, en los criterios de administración de una urbe?

La población constituye, como sabemos, una preocupación del Estado moderno y se expresa en políticas de saneamiento, vigilancia y control social. Todo esto debe expresarse, necesariamente, en la arquitectura, en la construcción de edificios públicos y privados destinados a usos específicos. En un tipo de arquitectura distinta a la colonial, mucho más especializada, con criterios funcionales particulares, orientada a una población diferenciada, concentrada en espacios determinados. La arquitectura, por otra parte, no solo es una expresión del poder, sino que ella misma constituye una forma de poder. La arquitectura no constituye un mero soporte de las relaciones sociales sino que

de un modo u otro contribuye a configurar esas relaciones. A partir de los soportes constructivos se crean instituciones y dispositivos orientados a generar determinadas formas de poder. Esto es muy claro cuando se observa la arquitectura carcelaria (como ha mostrado Foucault), pero sucede lo mismo con la arquitectura escolar, la hospitalaria, o con la arquitectura unidimensional de los modernas tecnópolis.

Ahora bien, el poder es una relación, no algo que se define en un solo sentido. Está sujeto a un juego de fuerzas entre diversos actores; es en ese juego donde se define, de modo concreto. Un juego de identidades como el que se expresa en muchas de las formas del barroco americano y del cual existen también formas contemporáneas. Un juego de valores orientados a definir determinados sentidos de vida: no solo el conflicto histórico entre tradición y modernidad sino el más reciente entre cultura territorializada y el paradigma de una cultura planetaria, homogénea, por ejemplo.

Es posible que en la capacidad de análisis de este tipo de fenómenos la historia de la arquitectura sufra las condiciones deficitarias de la historia social; pero también podríamos decir lo contrario, que a la historia social le hace falta un trabajo más sostenido por parte de los historiadores de la arquitectura, la cultura y el arte, que le permita calar más fino en el funcionamiento de la sociedad.

La suerte de una ciudad no se define únicamente en los procesos económicos y sociales sino en los discursos e imaginarios que en torno a ella se arman: así como parte de un proceso donde entra en juego la modernidad y se enfrenta a otras visiones, más tradicionales, de lo que es y lo que debe ser la vida de la ciudad. O como un proceso en donde se debaten distintas propuestas con respecto al uso de sus espacios, o sobre lo que debe entenderse por ciudadanía. Nuestras relaciones con la ciudad se ven previamente determinadas por una suerte de relación imaginaria, en parte adquirida y en buena parte heredada.

Ligado a esto se debe señalar que no solo la ciudad está sujeta a historicidad sino las diversas nociones que se emplean en su análisis: la noción de centralidad, de centro histórico, de poderes locales, institucionalidad municipal, desarrollo urbano, etc.; estas nociones tienen su propia evolución discursiva. Las diversas categorías y parámetros de análisis deben ser consideradas en su temporalidad. La "ciudad", "lo urbano", la "centralidad", la "informalidad" son producto de procesos históricos y de diversas posturas ideológicas frente a los mismos. Su particular definición, en cada momento, dará cuenta, entonces, de los diversos contextos dentro de los cuales se definen. Esto no implica caer en una relativismo extremo, sino aprender a mirar la ciudad en su diversidad contemporánea e histórica.

Para reconstruir la historia de una ciudad, el historiador debe recurrir a imágenes descriptivas que ayuden a transmitir sus caracterizaciones teóricas.

Todo un esfuerzo por construir imágenes, por traducir esas imágenes al registro contemporáneo, sin distorsionar sus referentes históricos. El historiador se ve obligado a mostrar el contenido histórico de nociones tan imprecisas como modernidad, progreso, ciudadanía e incluso industrialización, industria, clases, razas, ciudad. Buena parte de los términos que aparecen en los documentos que acompañan las prácticas cotidianas en el pasado, o los escritos de publicistas y proclamas, tienen un contenido distinto al actual. Y no solo es un problema del presente: no debemos perder de vista que en el pasado las nociones fueron distintas en Europa y América. Lo que aquí se calificaba como industria eran unos cuantos molinos, hornos de ladrillos, envasadoras manuales de refrescos, las llamadas “fábricas de hielo”, manufacturas del cuero; nada de esto tiene que ver con la percepción europea de lo que es una industria. Y algo parecido sucedía con las clases y grupos sociales, o con nociones asumidas como la de ciudadanía. En América Latina todo esto está atravesado por profundos conflictos étnicos que hacen imposible percibir temas como la modernidad, el progreso o la ciudadanía, en los mismos términos clásicos.

Todo proceso urbano constituye un proceso excluyente no solo por el tipo de desequilibrios que genera su desarrollo urbanístico (segregación en los espacios, diferenciación en los servicios) sino por las formas de discriminación social y cultural que reproduce constantemente a su interior. En los Andes este orden de las exclusiones y las diferencias se ve acrecentado por la cuestión étnica. Dentro de la planificación, la exclusión ha sido constantemente encubierta por criterios técnicos como los de “higienización”, “ornato”, “ordenamiento”, “desarrollo urbano”. Las diferencias étnicas expresadas bajo la forma de diferencias culturales, se han manifestado en la disputa de los espacios urbanos, y esto tanto en términos de vida cotidiana como simbólicos.

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA Y ARQUITECTURA

Es de todos conocido que la arquitectura como actividad está sujeta a condiciones materiales que la hacen posible y que varían de acuerdo a las épocas, pero el estudio de las mismas ha sido, por lo general, descuidado por sus historiadores; incluso por los que se interesan por examinar la influencia de los procesos económicos, políticos y sociales sobre los cambios en los estilos arquitectónicos. Es cierto que se introducen estilos y parámetros europeos y que muchos arquitectos extranjeros, o formados en Europa, dejan su huella, pero ¿qué tipo de tecnología utilizan o se ven obligados a utilizar estos innovadores? ¿En base a qué formas de organización del trabajo? ¿Quiénes encargan las obras y bajo qué condiciones? ¿Existe una adopción mecánica de la arquitectura del exterior o ésta se ve sujeta a una suerte de transformaciones? De lo que se trata

entonces es de detenerse en el examen de la forma o formas como se dan históricamente las actividades constructivas, de reconstruir lo que siguiendo a Bourdieu podríamos calificar como su economía política.

La construcción constituye una actividad predominantemente artesanal hasta avanzado el siglo XX, lo cual la hace dependiente de la movilización de mano de obra y de la disposición de materiales de construcción y herramientas suficientes, cosa que no siempre resulta fácil. Es posible que el problema de la mano de obra sea una de las claves para entender las condiciones de desarrollo de la arquitectura en el pasado. ¿De dónde proviene esa mano de obra, cómo se la obtiene? Recordemos que no existe una libre disponibilidad de ésta, por lo menos durante el XIX.

En un escrito anterior hemos mostrado el papel jugado por el sistema de trabajo subsidiario en el reclutamiento de mano de obra indígena de las comunidades para las construcciones y obras públicas en Quito. Resta saber cómo a partir de ahí se constituye un peonazgo independiente. Existe una relación estrecha entre el sistema de hacienda y sus modificaciones y la oferta de mano de obra. No menos importante resulta investigar de qué modo se organizan las actividades ligadas a la dotación de materiales de construcción, ya que nos da otra de las claves para entender las relaciones de la ciudad con su entorno rural. De hecho todo esto supone la solución de un problema técnico, señalado en su tiempo por el profesor Radiconcini, ya que se trata de introducir una arquitectura propia de países avanzados en naciones atrasadas, en donde la mayoría de obras de construcción “están en manos de maestros indígenas”. Es fácil ver como este tipo de “problemas técnicos” están estrechamente relacionados con formas de administración de las relaciones interétnicas.

En cuanto al financiamiento, por un lado están las construcciones emprendidas por la Iglesia, en base a limosnas y donativos (lo cual constituye por sí mismo un mecanismo de generación de sentido) y por otro las llamadas obras públicas. Mientras en Quito estas últimas se realizan bajo la tutela y la iniciativa gubernamental, en Guayaquil se deben principalmente a la “filantropía privada”. Ahora bien, en torno a este tipo de prácticas económicas diferenciadas se constituyen identidades regionales distintas.

Es importante establecer qué modificaciones se producen en la arquitectura y la relación existente entre estas y los cambios en los modos de vida. Entre el XIX y el XX no hay únicamente una introducción de nuevos estilos arquitectónicos sino una transformación profunda en el concepto mismo del habitat al interior de las elites urbanas. La constitución de una proto-cultura ciudadana opuesta a formas de cultura regionales, de base rural. Lo cual no supone, necesariamente, una adopción formal de estilos. El neoclásico es aparentemente el mismo en cualquier lugar pero sus significados culturales varían de acuerdo a los contextos históricos. Mientras en Europa expresa un encuentro con la cultura clásica, aquí

intenta representar una relación con el futuro, una especie de nostalgia de futuro.

La arquitectura civil del XIX se desarrolló bajo los mismos parámetros coloniales. Las ordenanzas que rigen el desarrollo de la ciudad y de su arquitectura no asumen aún la urbe en su conjunto y de modo técnico. Se trata de disposiciones negativas orientadas a garantizar la reproducción de una arquitectura tradicional y un uso rutinario de los espacios públicos. El desarrollo de una arquitectura especializada es un problema de este siglo (ni siquiera el panóptico de Quito obedeció a una perspectiva de este tipo), con la creación de escuelas, hospitales, ministerios, cuarteles, y con la construcción de los barrios residenciales y los barrios obreros, así como las llamadas ciudadelas. Los estudios de Moreira muestran la gran similitud existente en los proyectos urbanos en toda la república, sobre todo en lo referente a la constitución de hitos (edificaciones, monumentos, avenidas) que expresen la idea del progreso. Pero todo esto se da en medio de una sociedad no homogénea en la que el grueso de la población –incluso buena parte de la llamada urbana– continúa ligada a comportamientos tradicionales (artesanales y campesinos) y a relaciones de dependencia con la hacienda y los sistemas patriarcales urbanos.

La modernidad no asumió en nuestros países un carácter revolucionario, tampoco se trataba de acondicionar la ciudad al desarrollo técnico, pero aquí como allá, la modernidad produjo cambios en las mentalidades, en las formas como las elites percibían sus relaciones cotidianas. Los espacios fueron rediseñados en función de esos nuevos estilos de vida. Todo eso produjo profundos conflictos culturales.

LAS RELACIONES CAMPO-CIUDAD

Otro requerimiento en el estudio de las ciudades es pensar la ciudad en relación al campo, el espacio regional y el territorio y en esto existe una relación estrecha con la antropología: una suerte de recorrido etnográfico por las zonas aledañas a una ciudad puede proporcionar pistas importantes a la investigación histórica.

Aún cuando las actividades de mercadeo se concentran principalmente en las ciudades, dependen para su desarrollo de la constitución de espacios económicos más amplios de carácter regional e inter-regional. Buena parte de las actividades económicas urbanas se vinculan con una red de poblados menores y con el mundo agrario; el campo una vez que se dinamiza depende, a su vez, de la ciudad. La renta constituye uno de los fundamentos materiales de la vida urbana “sintiéndose de inmediato los efectos de las buenas y malas cosechas”.

Los excedentes obtenidos por los terratenientes requieren de sistemas de mercadeo para su realización, los mismos que tienen como ejes ferias regionales ubicadas en determinadas ciudades y redes más o menos amplias que abarcan ciudades menores y poblados. Las ferias contribuyen a dinamizar la producción agrícola al permitir que se acopien productos para el mercado regional.

Si bien las condiciones no fueron siempre del todo favorables (ausencia de caminos, de moneda...), es difícil pensar en momentos en que el intercambio hubiese sido eliminado. Esto parece ser así incluso en los primeros años de la república, en donde el descalabro colonial deja huellas profundas sobre la vida social y el territorio.

Cabe, en todo caso, diferenciar, en el pasado, entre vida urbana y vida rural, cosa que es ahora cada vez más difícil hacer ya que los antiguos poblados dependen de modo creciente de la economía y el sistema de valores urbanos y los flujos migratorios contribuyen a armar redes de relación cada vez más estrechas ciudad-campo.

Históricamente la vida urbana se concentra en unas pocas ciudades, mientras que el grueso de la población permanece disperso en el espacio de las aldeas, haciendas y plantaciones, comunidades. Aunque la ciudad se comunica con el campo a través del mercado existe una relativa autonomía de este último con respecto a los modos de vida y costumbres urbanas. Las ideas del progreso llegan lentamente y con mucho retraso al mundo rural. La nación es en gran medida imaginada y ha sido diseñada principalmente para la ciudad, existiendo no solo un espacio agrario con formas culturales propias, sino un inmenso territorio no sujeto a control. El poder, por su parte, se encuentra descentralizado, y es grande la diferencia entre las formas como se lo ejerce en la ciudad y los sistemas de administración étnica aplicados al campo.

Esto no significa que entre campo y ciudad no existan contactos y relaciones múltiples. Las crónicas muestran una fuerte presencia de indios en los espacios urbanos andinos, durante la Colonia y el siglo XIX, ocupados en actividades mercantiles, en servicios y en algunas actividades artesanales. Estos indios eran en parte forasteros, otros formaban parte de las comunidades originarias aledañas a las urbes, mientras una buena proporción eran traídos de las haciendas. Actividades urbanas relativamente independientes, vinculadas a la construcción y a los servicios, no solo permitieron subsistir y encontrar protección a los forasteros, sino adquirir paulatinamente una cierta especialización laboral. El forasterismo como forma de evasión al control colonial llevaba no solo a huir hacia lugares inhóspitos o al espacio de otras comunidades, sino a refugiarse en las propias ciudades, asumiendo de modo paulatino el mestizaje. E igual sucede en el litoral, en donde los sectores populares urbanos se constituyen a partir de una población migrante fluctuante entre las plantaciones y las actividades portuarias.

La modernidad supone, como sabemos, diversas propuestas de domesticación y urbanización del campo. Ese proceso de subordinación se inicia a comienzos de este siglo al marcarse las diferencias entre ciudad y campo y se continúa contemporáneamente bajo nuevos objetivos (no necesariamente conscientes ya que forman parte de un *ethos*, el de la modernidad): los de homogeneización cultural y de incorporación creciente al sistema de mercado. En ello juegan su rol fundamental los *mass media*, pero también la escuela, los carreteros y los planes de ordenamiento territorial y urbano.

En oposición a esta tendencia (pero como parte del mismo proceso) existe una desurbanización de las propias ciudades, como resultado de la irrupción del campo al interior de ellas. Una invasión del “centro” desde la “periferia” y una heterogenización de la vida social y cultural.